

rce

# Poesías

## Pedro Antonio de Alarcón (1833 – 1891)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.



# Poesías

Pedro Antonio de Alarcón  
(1833 – 1891)

## A Granada

¡Bien haya el sacro libro del místico poeta  
que tus recuerdos canta sobre el hundido ayer!  
Él cuente tus historias, esposa del Profeta,  
llorando en tus ruinas tu efímero poder.

¡Bien hayan los suspiros que el moro desterrado  
desde la ardiente Libia te manda sin cesar!...  
Él cuente lo que has sido y evoque tu pasado,  
creyendo ver tu sombra surgir del ancho mar.

Yo, al son de un arpa, triste y oculto entre las flores,  
cual pájaro perdido, mi voz ensayaré,  
cantando los que aún brindas halagos seductores  
al pobre peregrino que al fin tu suelo ve.

Las gracias que hoy te adornan, los dones inmortales  
que la naturaleza gentil te prodigó,  
tu eterna vestidura de encantos virginales,  
tu nombre bendecido cantar pretendo yo.

¡Granada! En tu recinto tal vez la poesía  
del mundo primitivo soñaba ya un edén,  
y allá desde la Grecia tu nombre bendecía,  
creyendo tus jardines mansión de eterno bien.

Después ¡ay! ¿quién te ha visto que el alma enamorada,  
no deje, al alejarse, suspensa sobre ti,  
y en otros horizontes, al nombre de «Granada»  
no surja ante sus ojos la sombra de una hurí?



**Pedro Antonio Joaquín Melitón de Alarcón y Ariza**, novelista español (Guadix, Granada, 10 de marzo de 1833 – Madrid, 19 de julio de 1891).

Perteneció al movimiento realista tratándose de uno de los más destacados autores de este movimiento y uno de los artífices del fin de la prosa romántica.

- Más obras de **Pedro Antonio de Alarcón**
- Más obras del **Realismo y siglo XIX**
- **Descarga Ebooks**

¡Granada! ¡Qué radiante te adora en sus ensueños,  
el que las zonas cruza del gélido aquilón!...  
Los ecos de tu fama ¡qué gratos y risueños  
del aterido polo visitan la región!...

¡Granada! En los desiertos del trópico abrasado,  
¡qué ansiadas son y puras tus auras de jazmín!  
Tus aguas bullidoras ¡qué ansioso y angustiado  
recuerda el sarraceno de Zahara en el confín!

¡Oh! Dios vertió en tu seno, deidad de Andalucía,  
la luz de sus miradas, la chispa divinal,  
y en gérmenes fragantes de eterna lozanía  
se abrió tu seno al mundo cual pródigo rosal.

Tendida en los confines de un valle delicioso,  
reclinas en un monte la nacarada sien,  
y cual esbelta virgen en plácido reposo  
tomaste la postura de un lánguido desdén.

¡Con qué dulces abrazos te estrechan esos ríos!  
¡qué amantes esas sierras protegen tu solaz!  
¡qué gratos son tus bosques, pacíficos y umbríos!,  
¡qué inmensa tu campiña, qué espléndida y feraz!

¡Qué augusto el obelisco de zafiro y de plata  
que inmóvil te defiende del austro abrasador!...  
¡benditas las auroras de oro y escarlata  
que enciende allá en sus cumbres la regia luz del sol!

¡Qué bellas son las tardes del apacible octubre  
pasadas en tu vega, y en honda soledad,  
cuando en la noche negra su faz el tiempo encubre,  
después que un nuevo día le da a la eternidad!

Y ver a las estrellas, cual faros de bonanza  
lucir de las tinieblas en el opaco tul,  
y aquellas almas puras, que llora la esperanza,  
soñar que aún nos sonríen detrás del cielo azul...

¡Qué puras son tus noches de luna y primavera,  
 tus noches perfumadas, tus noches ¡ay de mí!  
 que ya desvanecidas, cual nube pasajera,  
 lleváronse de amores las horas que perdí!

¡Qué inmensos los instantes, qué vago el pensamiento  
 se explayan en tu seno, Granada celestial!  
 ¡Qué locos los amores, qué rico el sentimiento  
 desbórdase a tu lado, sirena divinal!

¡Qué hermosas son tus hijas, estrellas de tu cielo,  
 palmeras de tus valles, claveles de tu abril,  
 ensueños de la Arabia perdidos por tu suelo,  
 tal vez náyadas blancas salidas del Jenil!

¡Qué rauda y soñadora se eleva la poesía  
 que beben de tus labios los hijos de tu amor!  
 Fecunda en tradiciones, vergel de fantasía...  
 ¿de quién que tenga un alma no harás un trovador?

Tú, patria del artista; tú, madre del poeta;  
 tú, nido de perfumes; tú, cuna de cristal;  
 tú, perla desprendida del cándido Veleta;  
 tú, lágrima del cielo; tú, sílfide oriental.

Bendita seas ¡oh virgen! bendita seas ¡oh diosa!  
 las horas sean benditas pasadas junto a ti;  
 ¡benditos los ensueños de nácar y de rosa  
 que un tiempo en tu regazo también yo concebí!

Tus árabes jardines, tus mansos arroyuelos  
 ¡benditos sean, oh reina del ámbito andaluz!  
 ¡que siempre te prodiguen su amor los altos cielos!  
 ¡que siempre te fecunde del sol la ardiente luz!

¡Que siempre de placeres, de sueños seas morada!  
 ¡que nunca el crudo noto te pueda marchitar,  
 y siempre seas de flores suavísima almohada,  
 donde mi loca frente consiga reposar!



## A la gloriosa muerte del coronel Don Patricio Bray

*ELEGÍA PARA EL ÁLBUM DE SU SEÑOR HIJO.*

¡Númenes de dolor, templad mi lira!  
¡Vírgenes de la Iberia, dadme llanto!  
¡Musa de la memoria, quema olores!...  
La heroica muerte del soldado canto...  
¡Genios, sembrad en su sepulcro flores!  
¡Era un héroe! -Murió-. Murió en campaña,  
y en su crispada diestra  
apretaba el acero  
al lanzar con el aye prostrimero  
un tierno adiós a la infeliz España.  
Murió en la lid siniestra,  
civil y fratricida  
del torpe despotismo  
contra la santa libertad querida...  
y «¡Libertad!» diciendo el labio inerte.  
en aras de la patria dio la vida...  
¡Pensaba redimirla con su muerte!  
Ronco se queda el atabal guerrero:  
la altiva frente del feroz soldado  
mustia se inclina; y en su rostro fiero,  
con el sol de las lides atezado.  
brilla lágrima ardiente,  
que al corazón le arranca la tortura  
del acerbo pesar que su alma siente...  
El león español temblando llora,  
y su rugido de feral bravura  
¡torna el dolor en ayes de tristura!  
¡Bray murió! Liado en su bandera.  
Y al compás de la hórrida metralla,  
le llevan a la tumba sus soldados:  
fúnebre y ronca música guerrera  
marcha con el cortejo: al aire estalla  
del lúgubre clarín el grito helado,  
Y el timbal desconsuela y ensordece  
con su son cadencioso y destemplado,  
Inmóvil va la espada  
junto a la inmóvil mano de Patricio...  
¡su faz inanimada  
parece blanca rosa marchitada!  
¡Es tan joven!... La bella desposada

le vio partir un día, quebrantando  
el de amor aún reciente yugo blando...

-¿A dónde vas? -le dijo:

-A defender los fueros españoles,  
Bray repuso, besando al tierno hijo  
y ala guerra partió; lidió en la guerra,  
y ¡ay! a los pocos soles,  
hijo y madre eran solos en la tierra,  
¡Murió! Mas no murió, mi caro amigo  
que vive en la memoria del Ibero  
y en las páginas áureas de la historia:  
vive su prez, su nombre va contigo,  
y en su fama inmortal vive su gloria.

¡Hijo de Bray! tu padre,  
triunfando de la muerte,  
te circunda de honor y de ventura:  
¿no alzas la sien orgullecida al verte  
hijo de aquel que con su sangre pura  
regó el árbol sagrado  
de nuestra libertad, a cuya sombra...  
¡Libertad! ¡Ay! ¿por qué el labio te nombra?  
¿do están los frutos de ese bien soñado?

¿dónde está, pobre España,  
el ídolo amasado  
con sangre de tus hijos?  
¿do el monumento que la sangre baña  
de Mariana, de Riego y de Torrijos?  
¡Libertad! sueño hermoso de la vida  
alimento de grandes corazones,  
dicha acaso perdida  
por Adán del Edén en los dinteles;  
sagrada libertad, hija del cielo,  
he aquí, bajo el dosel de esos laureles,  
otra víctima más... ¡oh desconsuelo!  
¡Libertad! triste reina destronada,  
que lloras decepciones, reclinada  
en tumbas mil y mil; perdida diosa,  
que cobijas doquier bajo tus alas  
de mártires sin fin la helada losa;  
arcángel sin ventura,  
que la pálida faz, en tus cabellos  
tristemente encubierta,

lágrimas de ignominia enjugar quieres,

¿por qué bajaste al corazón del hombre  
a encarnarte a su anhelo,  
si eres visión fantástica sin nombre,  
si eres la peregrina de este suelo?  
¡Cuántas veces las orlas de tu manto  
asieron delirantes las naciones,  
y huiste, y encontraron con espanto  
de tu veo en su mano los girones,  
mientras nueva opresión con férreos clavos  
la cadena amarrábales de esclavos!  
¡Y aún ansiamos por ti, cuando los ojos  
contemplan esta urna funeraria  
que encierra los despojos  
del héroe liberal, y solitaria  
a la viuda ven, huérfano al hijo,  
la patria sin ventura,  
y al español gimiendo en la amargura  
tus negros desengaños  
de luto y guerra tras los fieros años!  
¿Y esperanza no habrá? ¿Y así muriendo  
uno tras otro a manos del verdugo,  
o en la ruda pelea,  
o de la edad bajo el pesado yugo  
irá esa grande y luminosa idea  
a perecer, del mundo aún no gozada,  
cual sol que en día lóbrego se eleva  
tras de nubes, y a ocaso el rumbo lleva  
sin lanzar a la tierra una mirada?  
Allá está el porvenir, encapotado,  
fatídico, nublado,  
que relámpagos fúnebres arroja  
al mundo estremecido:  
la esperanza está allí, sobre la roja  
superficie del mar: mientras retumba  
el bronce en el oriente  
siguiendo vuestra obra,  
¡mártires! ¡bendigamos vuestra tumba!  
Manes ilustres, sombras veneradas,  
por nuestra Libertad sacrificadas,  
oíd de gratitud el tierno canto  
que os eleva mi voz, y sed dichosas  
en vuestros monumentos, invioladas...  
porque al menos ahí, sombras augustas,  
si en este mundo libertad no hubiere

tus lazos rotos ven la almas justas...  
¡El hombre sólo es libre cuando muere!

## Charada

¡Oh, tú, ingrata mujer, más hechicera  
que todas las mujeres!  
árbitra, dueña de mi «todo» eres:  
tu amor lo embelleciera,  
y tu desdén de abrojos lo circunda  
mi vida es mi «primera»;  
mi muerte, mi «segunda».  
Si la dulce «primera» no has de darme,  
con la «segunda» acaba de matarme;  
pues prefiero la muerte,  
al cruel martirio de ignorar mi suerte.

## Epitafio

Llorad aquí los que en veloz huida  
cruzáis el tiempo que a la muerte os lanza.  
contemplad en ceniza convertida  
cuanta ventura a desear se alcanza;  
belleza, juventud, virtudes, vida,  
dicha, gracias, amor, genio, esperanza,  
amiga, hermana, hija, madre, esposa...  
¡Todo desvanecido aquí reposa!

## El amanecer

(Crescendo)

Blando céfiro mueve sus alas  
empapadas de fresco rocío...  
De la noche el alcázar sombrío  
dulce alondra se atreve a turbar...  
Las estrellas, cual sueños se borran...  
Sólo brilla magnífica una...

¡Es el astro del alba! La luna  
ya descende, durmiendose, al mar.

Amanece: en la raya del cielo  
luce trémula cinta de plata  
que, trocada con fulgente escarlata,  
esclarece la bóveda azul;  
y montañas y selvas y ríos,  
y del campo la mágica alfombra,  
roto el negro capuz de la sombra,  
muestra nieblas de cándido tul.

¡Es de día! Los pájaros todos  
lo saludan con arpa sonora,  
y arboledas y cúspides dora  
el intenso lejano arrebol.

El Oriente se incendia en colores...;  
los colores en vívida lumbre...,  
¡y por encima del áspera cumbre  
sale el disco inflamado del sol!

## La guerra de Oriente (Oda)

¿Qué rumor funeral, desconocido,  
 turba de nuestras noches el reposo?  
 ¿Qué confín de la tierra se estremece?  
 ¿Qué drama misterioso  
 buscan en las tinieblas las miradas?  
 ¿Por qué al oído percibir parece,  
 sordas y remotísimas pisadas,  
 y Europa estremecida,  
 presa quizás de lúgubres temores,  
 vela en insomnio ardiente,  
 atenta a los insólitos rumores,  
 con los ojos clavados en Oriente?  
 ¿Dónde está el sol? ¿En qué parte del mundo  
 su luz engendra el día  
 de tal tribulación? ¿Qué moribundo  
 reflejo de agonía  
 la aurora boreal al sur envía?  
 ¿Por qué roja de sangre luce el alba  
 al ser de nuevos días triste cuna,  
 y orlada de bermejas aureolas,  
 a la América va la casta luna,  
 huyendo de este viejo continente,  
 próximo a ser de sangre una laguna,  
 que meza hirvientes sus purpúreas olas  
 del Ural a las costas españolas?  
 Desde que un día una gigante sombra,  
 cayéndose a lo largo de los mares,  
 al que de Cáncer trópico se nombra  
 fue a dar con su cabeza fatigada,  
 cubriendo con su manto el Océano  
 y haciendo de un volcán una almohada  
 en que dormir su sueño soberano;  
 desde que aquel coloso  
 se hundió, midiendo con su cuerpo el mundo,  
 con su nombre llenando la ancha historia  
 y mil generaciones con su gloria,  
 en silencio profundo  
 la tierra se quedó: yació la espada  
 y enmudeció el cañón; y tras el caos  
 que rodeó la esencia de aquel hombre,

surgió la creación, cesó la nada,  
 y este siglo quimérico y sin nombre  
 de sus manos salió: que él con su sangre  
 bautizó el porvenir regenerado,  
 y él mártir, con su muerte  
 selló la rendición de las naciones  
 y cerró el estamento del «pasado»...  
 Napoleón murió; con él la guerra;  
 y el VERBO, que es la paz, reinó en la tierra.  
 ¿Quién perturba los días  
 de progreso, de luz y de esperanza  
 que han surgido después? ¿Quién temerario  
 con sus manos impías  
 a contener se lanza  
 la rápida corriente  
 que sin cesar avanza,  
 bramando ¡«Libertad»! en son rugiente?  
 ¿Quién la apagada tea  
 de la discordia agita? ¿Quién viola  
 la paz reconquistada? ¿Quién emplea  
 el azote en un siglo que pelea  
 sin más pavés que la palabra sola,  
 sin más espada que la sola idea?  
 ¡Guerra! ¿Dónde y por qué? Ya el pensamiento,  
 la cárcel quebrantó del servilismo;  
 su dignidad el hombre ha restaurado;  
 la sombra se rasgó del fanatismo,  
 y el principio sagrado  
 de «igualdad» ante Dios cunde doquiera,  
 más lento o más veloz ¡ay! ¡según fueron  
 más densas la opresión y la ceguera  
 en que los pueblos míseros durmieron!  
 ¡Guerra! ¿Dónde y por qué? Tended la vista.  
 sobre la faz del mundo;  
 veréis del Evangelio la conquista,  
 que así en consuelos la verdad exhala:  
 «Sois hermanos... ¡levántate, mendigo!  
 ¡humíllate, Señor! Dios os iguala;  
 porque en verdad os digo  
 que no hay otra grandeza ni otra estirpe  
 ni más elevación ni jerarquía  
 que la del genio en comunión conmigo  
 ¡y la de la virtud, que es hija mía!»  
 Y esa inmortal palabra

es la emancipación; y ella nos trajo  
la fe, que es la virtud, y ella nos labra  
un grande porvenir, ¡que es el trabajo!  
¡Guerra! ¿Dónde y por qué? No en las batallas,  
ni con bronce homicida,  
ni con acero y armadura y mallas  
la raza de los hombres fratricida  
busca ya esa ventura  
que una vez para siempre vio perdida  
por la misma maldad de su alma impura...  
¡No! del corto destierro,  
que hemos llamado vida los mortales,  
no es posible las penas y los males  
ahogar con sangre o extirpar con hierro...  
Bálsamo de las llagas las doctrinas  
los pueblos aliméntanse de ideas;  
castillo inexpugnable es la tribuna,  
campo las populares asambleas,  
y el triunfo la verdad sagrada y una,  
a la cual dice Dios: «¡Bendita seas!»  
¡Guerra! ¡Guerra!... ¿Y en dónde?  
En los inmensos páramos polares  
el grito del autócrata responde.  
«¡Guerra en torno de mí! ¡Yo soy la guerra!»  
¡Guerra! ¡guerra! ¿Y por qué? Surca los mares  
y cunde por la tierra  
otro clamor fatídico del polo,  
y contesta esa voz entre los hielos:  
«¡La Europa es para mí, para mí solo!»  
¿Y quién es él? Aborto de los cielos  
la sombra le ha engendrado;  
le nutre la ambición; el egoísmo  
carcome sus entrañas; el pecado  
muere su corazón; el fanatismo  
enrósca a sus pies la tiranía  
petrifica su alma; la dureza  
pintada está en su faz; su pensamiento  
es la superstición; la hipocresía  
es su traje imperial; y con su aliento  
anhelará apagar todas las ciencias,  
para dejar el universo a oscuras  
y reinar absoluto en las conciencias.  
Cadáver del pasado,  
quiere infestar un siglo adolescente;

noche de nuestro sol, quiere, menguado,  
 matar su luz ardiente;  
 recuerdo de terrores,  
 tenebroso en el alma se insinúa,  
 y la vista del mundo atribulada  
 de él a la Inquisición vaga y fluctúa  
 y acaso encuentra en él a Torquemada.

Viviente anacronismo,  
 en nuestro siglo lúgubre extranjero,  
 es «Tífoe» que vuelve del abismo,  
 ¡susto y horror del universo entero!  
 ¿Quién es él? Dolorida, ensangrentada,  
 cual en garras de un buitre una gacela  
 Polonia está a sus pies despedazada,  
 viviente acusación que nos revela  
 su crueldad ambiciosa y despiadada.

Su mano tocó a Hungría,  
 y la Hungría se heló... ¡mano de muerte!  
 y Nápoles y Roma y Lombardía,  
 atadas a sus pies, el sueño inerte  
 duermen bajo ominosa tiranía.

Él pesa sobre Francia  
 como manto de hielo,  
 ahoga el pensamiento en Alemania.  
 del Cáucaso feliz enluta el cielo,  
 y en América, en Asia y donde quiera  
 tiene feroz una uña carnicera.

Hoy es Turquía... ¡Basta,  
 basta ya de ignominia y de paciencia!  
 ¡El fuego de la cólera entusiasta  
 en las miradas de la Europa brilla,  
 y se alza al rumor de las cadenas,  
 con el rubor en la glacial mejilla  
 y la ira santa en las heladas venas!

¿Qué quieres?... ¿dónde vas? Nube de sombra  
 formada en un rincón de algún imperio,  
 ¿cómo el haber pensado no te asombra  
 envolver en tu luto un hemisferio  
 y hacer de mil ejércitos, tu alfombra?  
 ¿Cómo has soñado, di, apagar la lumbre  
 del espíritu humano? ¿No te aterra  
 la civilización del Mediodía,  
 la que ha dos siglos incendió a Inglaterra,  
 la que aún humea en Francia todavía,

la que cunde voraz por la ancha tierra,  
la que a tu vez te abrasará algún día?  
¡Guerra! Pues tú la quieres,  
sea guerra sagrada  
por nuestra parte... ¡al invasor Atila  
que trae de nuevo el aquilón en brazos,  
opóngase magnánima y tranquila  
la Europa, a quien afrenta,  
y haga al coloso boreal pedazos,  
como a frágil barquilla la tormenta!  
¡Oh!, ¡si bajases a la patria mía!  
¡Oh!, ¡si en tu loca saña  
trajeses algún día  
tus fieras hordas a la fiera España!...  
¡Ay de ti entonces! ¡El airado noto  
que hizo a Napoleón doblar la frente,  
te arrojará a la faz tu cetro roto  
por las manos de un pueblo independiente!  
Entre tanto, naciones oprimidas,  
olvidad la flaqueza y el cansancio;  
¡levantaos rugientes, aguerridas,  
tú, la primera, que en tu seno anidas  
el insulto postrer, vieja Bizancio!  
Concita tú del cálido desierto  
las nómades y fieras caravanas,  
las tribus del mar Muerto,  
las de Arabia, las hordas caucasianas  
y las bárbaras gentes africanas...  
¡Todos, hijos de Agar! ¡alzaos todos  
y defended la sacrosanta herencia  
de Mahometo, y las aras de Mahoma,  
y el derecho inmortal de independencia,  
y a esa tierna deidad, que reverencia  
la historia al lado de la antigua Roma!  
¡Hijos del gran Leónidas, alzaos!  
Hazañas de los griegos de otros días,  
romped del tiempo el polvoroso caos:  
corra otra vez la sangre generosa  
de Maratón en las cenizas frías,  
y al hijo de Moscovia, que os insulta,  
sepultad en las olas del Euxino,  
que de Jerges las haces aún sepulta  
¡Tú, Francia altiva, liberal, guerrera,  
siempre audaz, siempre rica de entusiasmo,

recuerda el sanguinoso Beresina,  
 donde el que fuera de los siglos pasmo  
 huyó por vez primera,  
 dejando tras de sí llanto y ruina:  
 recuerda del Kremlin la roja hoguera,  
 que una tumba en los mares ilumina,  
 y que el trotón cosaco tascó el freno  
 de tu París en el lujoso seno!  
 Ahí tienes ¡oh Albión! al que divide  
 con tu poder el reino de los mares  
 y allá en la India tus esfuerzos mide  
 y contigo, en los círculos polares  
 y en la China y doquier siempre coincide;  
 tú, que eres, oh Inglaterra,  
 grande, porque el destino te hizo libre,  
 lánzate al mar, arrójate a la guerra,  
 y su ancha garra, tu leopardo vibre,  
 sobre el oso polar que al mundo aterra,  
 Alemania, Polonia, Italia mía,  
 de Palermo a Venecia infortunada,  
 noble y doliente Hungría;  
 Suiza, ciudadela codiciada  
 de pérfidos tiranos ambiciosos;  
 y tú, región feliz, allá sentada  
 al otro lado de la mar bravía,  
 república de hombres generosos  
 todos, en fin, los que lloráis cansados,  
 los esclavos, los tristes, los opresos,  
 del pueblo los tribunos desterrados,  
 los de la patria huérfanos proscritos,  
 llegad como torrentes despeñados;  
 «¡Libertad!» «¡libertad!» sean vuestros gritos;  
 ¡precipitaos; vengad vuestros dolores;  
 caed sobre el tirano;  
 despedazad sus tercios invasores,  
 y a Europa purgue vuestra heroica mano  
 armada de justicia y de venganza,  
 del que cruel intenta  
 los faros apagar de una esperanza,  
 que allí en el porvenir su luz ostenta  
 tras los aciagos siglos de tormenta!

## Presentimientos

*«Esse, fuisse, fore»*

Reina la paz... el olvido  
sus negras alas extiende;  
la soledad aquí mora;  
la humanidad aquí duerme.

Lentas horas de silencio  
a otras horas se suceden...  
la noche eterna aquí nace;  
la luz del mundo aquí muere.

Las tinieblas de la nada  
de este lugar se desprenden,  
y la faz del almo cielo  
con su luto se entristece.

El fulgor agonizante  
del sol que baja al poniente  
besa en trémulos soslayos  
la quietud de aqueste albergue  
y huye de aquí amedrentado;  
pues su resplandor perenne  
resbala, amarillo y turbio,  
por los campos de la muerte...

Un impulso irresistible  
mis errantes pasos mueve  
y me guía a esta mansión  
donde mil pechos inertes  
marcan las eternas horas:  
¡latidos que no se sienten,  
pero que escucha mi alma  
y bajo mis plantas hierven!  
¡Ay! en busca del descanso  
aquí las pasiones vienen:  
cada silencioso nicho  
toda una historia comprende.

Las horas del porvenir  
desalentadas perecen  
cuando llegan a este sitio,  
y aunque tenaces esperan  
mil y mil siglos sentadas  
en esos trises dinteles,  
nunca brillará una aurora  
del caos en el negro oriente.

Esta necrópolis muda  
tiene un lenguaje solemne  
que penetra el corazón  
con inquietudes crueles.  
Tal vez mañana yo mismo,  
debajo de estos cipreses...  
¿Y qué me importa? ¿Hay acaso  
un instante más alegre  
que el anterior a la vida  
y el posterior a la muerte?  
¡Alegre! sí... no creáis  
que el asonante me impele  
a poner ese adjetivo,  
sino que le busco adrede.  
Y esta es una gran cuestión  
que en mi juicio se resuelve  
con tres palabras que omito  
y que las dijo un muy célebre  
pensador, conciudadano  
de la melómana Euterpe.  
¿El no sufrir, es gozar?  
¿qué es no querer? ¿algo quiere  
la negación? Yo no quise  
la existencia... Pero ¿tiene  
voluntad de no querer  
aquel que elegir no puede?  
No. Bien, pero sin embargo,  
resulta que vine a este  
lugar que llamamos mundo  
sin memorial precedente  
de mi parte... Yo agradezco  
al Criador estas mercedes  
que no le pedí; mas como  
según las humanas leyes  
los privilegios no obligan,  
si me dejáis que recuerde  
la teología sagrada  
que estudié en mis años verdes,  
os probaré... ¿Y qué interesa  
a la sosegada gente  
que duerme en torno de mí  
una digresión tan feble?  
Dejémosla por ahora,  
y el confesor le conteste

al que sea tan insensato  
que a metafísico se eche,  
con perjuicio de sí mismo  
y a más de sus intereses,  
porque hoy no se compran ya  
las obras de cierta especie,  
y es disparate escribirlas  
cuando el mundo retrocede  
a las regiones tranquilas  
del orden, y no se siente  
ni el más ligero fragor  
de ese volcán que otras veces  
parió un progreso «maldito»...  
Sí, ¡maldito! ¿Viva el régimen  
retrógrado! ¡qué sosiego!  
¡qué paz! ¡qué silencio!... ¡imbéciles!  
¡también entre estos sepulcros  
reina la paz... de la muerte!

.....  
¡Cuánto genio! ¡cuánta vida!  
¡cuánta esperanza ya estéril!  
¡cuánta hermosura y candor!  
¡qué de latidos ardientes,  
de ensueños y de ambiciones  
trae la humanidad en germen,  
a estas solitarias tumbas  
donde habrá de dormir siempre!  
Aquí, polvo, allí, la nada...  
¡soplos de aire pestilente  
que las brisas arrebatan,  
y en la inmensidad se pierden!...  
¡Ah!... no... mi alma se agita,  
sus alas inmensas tiende,  
mide el Océano azul,  
llena la región celeste,  
falta mundo, y sobra alma,  
alma inquieta, audaz, rebelde,  
investigadora y grande,  
reina en la materia débil.  
Alma que de frágil polvo  
pura y rauda se desprende  
y ansía goces misteriosos  
y busca el puro deleite,  
de una santa inspiración,

ideal, sublime, leve,  
impalpable, misteriosa,  
como la luz, como el éter.  
¡Existe Dios y otro mundo!  
Mi razón no los comprende;  
adivínalos mi alma,  
y mi corazón los bebe  
como recuerdos pasados,  
como aromas que presienten.  
Existe algo menos sandio  
que la vida y que la muerte;  
existe un vivir más digno  
que nuestro vivir imbécil;  
el «porqué» de nuestra vida  
no es hacerse y deshacerse;  
es muy bella nuestra alma  
para un existir tan breve;  
fuera injusto dar el ser  
de la dulce nada a trueque,  
tan sólo para unos días  
de desventuras crueles,  
y luego este ser robarnos  
diciendo a la vida... ¡muere!  
¡Tan ridícula comedia  
la humanidad ser no puede!  
Entre nacer y morir  
hay un punto que no hiera  
nuestra vista, y es el móvil  
de la vida y de la muerte.  
Hay en nuestro corazón  
algo que espera y que teme,  
y hay, en fin, de esa otra vida  
una cosa que se siente,  
que se respira, se busca,  
se ambiciona, se prevee,  
¿Qué importa que la razón,  
lámpara sola que mecen  
tantos rudos vendavales,  
nombre a esa cosa no encuentre?  
Existen Dios y otro mundo;  
existen y existir deben...  
y nuestra alma necesita  
ilusiones tan solemnes.  
¡Mirad! La duda hace poco

me amenguaba: caña endeble,  
mísero insecto creía  
ser yo al contemplarme en este  
recinto de tantas «nadas»  
que recuerdan tantos seres.  
Ahora la fe me sublima;  
ahora la fe me engrandece,  
y sobre la sepultura  
donde pronto he de caerme  
aquí, en el linde del mundo,  
alzo tranquila la frente;  
la esperanza me sonríe  
y me llama, y en mis sienes  
rueda el pensamiento, y brotan  
alas al alma, y el éxtasis  
me lleva en pos, y en sus brisas  
mi genio se desvanece  
y hacia ese Dios y ese mundo  
sus plácidas alas mueve:  
se explaya en su porvenir,  
en su esperanza se duerme,  
y empapado en su poesía,  
tiembla, llora, calla y cree.

## Si no has de amarme, dime que retire

Si no has de amarme, dime que retire  
de ti mi admiración; si no he de amarte,  
haz que nunca te mire;  
si no he de mirarte,  
deja de ser tan hechicera y pura;  
pues mi amor sin tu amor me da la muerte,  
y a mi pesar te adora el alma al verte  
y a mi pesar contemplo tu hermosura...  
Así, dulce bien mío,  
tu belleza depón o tu desvío.

## Te miro, y lloro porque no me miras

Te miro, y lloro porque no me miras:  
me miras, y suspiro  
al hallar el desdén en tu mirada:  
suspiro, y lloro porque no suspiras,  
suspiras ¡ay! y acongojado miro  
que no es por mí... Y así, mujer amada.  
no sé si flores son o son abrojos  
esos suspiros de tus labios rojos,  
ignorando también en mi desdicha  
si mi vida o mi muerte son tus ojos.

## Una flor menos

Á la orilla de un plácido arroyuelo,  
 que en sus cristales nítidos retrata  
 el verde margen y el tranquilo cielo...  
 —lengua armoniosa de fulgente plata,  
 que siempre está contando sin recelo  
 de aquella soledad la vida grata,—  
 una noche clarísima y serena  
 nació una melancólica azucena.

Esto pasó en *Abril*. —El sol de *Mayo*  
 miróla ya, formada y entreabierta,  
 beber ansiosa el matutino rayo,  
 cual alma jóven que al amor despierta...  
 Y ya las brisas, con falaz desmayo,  
 de su fragancia virgen, leve, incierta,  
 los primeros efluvios le robaban...  
 que con frias lisonjas le pagaban.

En *Junio*... la magnífica azucena,  
 sultana favorita entre las flores,  
 gala y encanto de la orilla amena,  
 hechizo de los céfiros traidores,  
 ya prodigaba, de ufanía llena,  
 al aire... sus balsámicos olores,  
 su candidez... al sol, su risa... al cielo  
 y su imágen... al lúbrico arroyuelo.

Y, en pago, la besaba el sol ardiente,  
 suspirando halagábala la brisa,  
 requiebros le decia la corriente  
 que á sus pies deslizábase sumisa,  
 las aves la cantaban tiernamente,  
 y aplaciáse el cielo en su sonrisa...  
 mas la luna (tal vez por experiencia),  
 velaba sin sosiego su inocencia.

Una tarde de *Julio*, en que su velo  
el crepúsculo al cabo recogía,  
sin que tornase á levantar el vuelo  
el aura que en los árboles dormía,  
al extinguirse en el confín del cielo  
la postrimera claridad del día,  
dobló la flor su frente nacarada,  
pensando... ¿en qué? —Seguramente en nada.

Y no porque era flor: —que una doncella  
tampoco suele meditar gran cosa  
cuando está enamorada y es muy bella.—  
Dobló, pues, la cerviz la flor hermosa,  
y durmió ó no durmió... ¡Sábelo ella!  
Yo diré que yacía silenciosa,  
cuando poco después de media noche  
la despertó de su letargo un coche.

Era el carro de plata de la luna  
que aparecía entonces por Oriente,  
como hermosa Duquesa que á la una  
regresa del teatro muellemente.  
—Un trovador (acaso sin fortuna)  
alzó en esto su cántico doliente...  
¡Era aquel ruiseñor que siempre canta  
cuando la tarda luna se levanta!

¡Noche temible! —Suspiraba el viento...  
Hablaban el cielo amor... Besos de llama  
se enviaban allá en el firmamento  
las remotas estrellas... No había rama,  
ni flor, ni ser, ni piedra, ni elemento,  
madriguera, cubil, nido ni cama  
que amor... eterno amor no respirase,  
amando cada cual según su clase.

¡Cómo temblaba la azucena pura!  
 Su lánguida cabeza reclinaba  
 sobre un lirio de espléndida blancura...  
 El aura leve apenas les tocaba...  
 La luna, deteniéndose en la altura,  
 besos de claridad les enviaba,  
 y el ruiseñor trinando les decía:  
 «¡Amad... amad... que aun falta mucho al día!»

¡Noche estrellada; bendecida hora;  
 lágrimas que envidioso el firmamento  
 sobre esas flores que se abrazan llora;  
 exhalaciones que cruzáis el viento;  
 espíritus que el aire en sí atesora;  
 calor, perfume, plática ó aliento  
 que de esos blancos lirios se desprende...  
 misterios de su amor... ¿quién os entiende?

Al otro día... *Agosto* principiaba!! —  
 Amaneció. —Y el sol (que de las flores  
 á castigar los vicios empezaba,  
 fulminando sus rayos destructores  
 sobre todas aquellas que encontraba  
 faltas de sueño y pálidas de amores)  
 vio mustia y ojerosa á la azucena,  
 y de un flechazo la tendió en la arena.

¡Mísera flor! ¡Cuán breve fué su historia!  
 ¡Y cuán pronto olvidada! Ni la luna,  
 ni el sol, ni el viento guardan su memoria...  
 —Y, á la verdad, razón no encuentro alguna  
 para que impriman tan común historia...  
 Si ayer murió una flor, ó más de una,  
 hoy los prados de flores están llenos...  
 ¿Qué importa una flor más ó una flor menos?

Que fué muy bella... porque Dios la hizo...  
Gloria es esa de Dios, pero no de ella.—  
Que amó, y un lirio le robó su hechizo...  
Esto es frecuente en la que nace bella.—  
Que el sol, celoso, entonces, la deshizo...  
¡Muera así toda impúdica doncella!—  
Que el lirio está *por otra* moribundo...  
Y que haya un lirio más, ¿qué importa al mundo?

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

